

Pinceladas desde la Dirección (vol. VI)

JESÚS MARÍA ARENAS ARIAS
Colegio Mayor Tomás Luis de Victoria
direccion@tomasluisdevictoria.com

1. CARTA DE BIENVENIDA A LOS NUEVOS COLEGIALES

*“Salamanca, que enhechiza la voluntad de volver a ella
a todos los que la apacibilidad de su vivienda han gustado”*

Miguel de Cervantes, *El licenciado Vidriera*

Querido amigo:

El verano nos abandona y eso significa que un nuevo curso está comenzando. De hecho para ti resulta más novedoso que nunca: Universidad, Colegio Mayor, nueva ciudad, nuevos amigos... Supongo que albergas muchas dudas y algunos nervios ante la nueva realidad que te espera. Quiero con estas letras darte la más calurosa acogida en el Tomás Luis de Victoria, que desde hoy es ya tu Casa. Lo digo de veras, porque no has venido a un sitio cualquiera, aquí puedes encontrar si tú quieres una gran familia.

Para que entiendas lo que digo, me gustaría compartir contigo las palabras de los alumnos que se despedían de nosotros el pasado curso. Esto nos dijeron en su discurso:

“No queremos sentir melancolía, pero tenemos que echar la vista atrás y empezar desde ese primer domingo en el Tomás, donde esperaban con cierta ansiedad y ganas nuestra llegada los veteranos. Podría ser un domingo cualquiera de septiembre, pero no fue así, porque comenzaba nuestra etapa universitaria, y no solo eso, sino que era el día que abandonábamos nuestro hogar, nuestra seguridad del castillo interior, que representaba la tranquilidad y la paz de tener a unos padres maravillosos detrás, el colegio de toda la vida, esos amigos que solo volverías a ver de vez en cuando, en definitiva abandonar todo aquello que parecía lo más normal de tu vida y encontrarte de repente desnudo ante muchas nuevas situaciones.

Pero todos esos nuevos problemas se llevaron de forma más fácil en el momento que entramos por la puerta del Tomás, porque ésta ha sido nuestra segunda Casa estos cuatro años, y aunque es muy difícil, por no decir casi imposible que todo sea igual, es lo más parecido a la tranquilidad y paz que teníamos en nuestro hogar. Todas las inquietudes se solucionaron al tener unos compañeros fantásticos con los que hemos compartido momentos únicos e irrepetibles... experiencias que han forjado unos lazos que no desataremos nunca y nos acompañarán el resto de nuestra vida”.

De veras deseo que tu paso por el Tomás sea igual de provechoso y el día de mañana puedas decir de corazón, como ellos, que ésta ha sido tu Casa. Aprovecha cada instante, esfuérgate y estudia con verdadera pasión, comparte lo que eres con todos los compañeros y aporta lo mejor de ti al Colegio. Entre todos podemos construir un nuevo curso inolvidable en el que vayamos creciendo como universitarios comprometidos y sobre todo, como buenas personas. Me tienes a tu disposición para cuanto necesites.

Que la Virgen María, que nos mira siempre con ternura, vele nuestros sueños y esperanzas. Gracias por estar aquí, bienvenido a tu Casa.

JESÚS MARÍA ARENAS ARIAS

Salamanca, a 20 de septiembre de 2015

2. DISCURSO AL IMPONER LAS BECAS A LOS NUEVOS COLEGIALES MAYORES EL DÍA 23 DE OCTUBRE DE 2015

En primer lugar mi más cordial saludo y agradecimiento al Sr. Obispo por acompañarnos en el inicio de un nuevo curso. Mi gratitud también con don Gonzalo Jiménez –primer Director de esta Casa- por aceptar nuestra invitación y per-

mitirnos saborear de primera mano los inicios de este gran proyecto, así como con don Fernando Moreno, que amablemente ha venido en representación de la Asociación de Antiguos Alumnos. Y por supuesto mi agradecimiento también a todos los que nos acompañáis en esta inauguración del curso 2015-2016: a José Antonio Calvo, antiguo director de esta Casa, al equipo directivo actual, a la comunidad del Seminario, a los directores y directoras de otros Centros, a los antiguos alumnos, y cómo no a vosotros, queridos colegas y amigos.

Cobran esta tarde especial relevancia los quince colegas que libremente han solicitado la concesión del reconocimiento como colegas mayores. Hacerse mayores supone siempre y en todos los sentidos un mayor grado de responsabilidad y madurez, la asunción de unos compromisos y la defensa de unos valores. Esto os pide también el Colegio Mayor Tomás Luis de Victoria al concederos este grado y por eso en breves momentos os distinguiremos sobre vuestros hombros con los colores de nuestra beca. Vaya por delante mi felicitación a todos porque vuestras solicitudes al grado de colegial mayor han sido aprobadas.

Aprovechando que en este acto académico estamos presentando el libro conmemorativo de los 25 años de Colegio Mayor, me gustaría hacer referencia a la colaboración de don Olegario González de Cardedal en el mismo y compartirla especialmente con vosotros que recibís la beca. Cuando estábamos confeccionando el libro le pedí a don Olegario una pequeña reflexión sobre lo que, a su juicio, un colegio mayor como el nuestro debía exigir a sus universitarios. Con su permiso, os traslado la respuesta que nos ofrece a esta cuestión:

“En la historia de Occidente toda institución formadora puso exigencias a quienes querían ingresar en ella o pertenecer a ella como aprendiz. Tales exigencias se formulaban en imperativos. “Nadie entre aquí sin saber matemáticas”, se decía en el umbral de la Academia platónica. “Nadie sea admitido como novicio en el monasterio si no busca a Dios de veras”, dice la *Regla* de San Benito (58,1-7). ¿Cuáles serían las condiciones, grabadas en el portal de un Colegio Mayor, que haga honor a la ciudad y Universidad de Salamanca, a la ciudad e historia espiritual de Ávila, que son las dos matrices de esta Casa bajo la batuta y armonía de Tomás Luis de Vitoria?

Yo más que dos imperativos exteriores puestos por la institución al alumno prefiero enumerar las pasiones que deben guiar los pasos de alguien que llega a pedir cobijo de pan y de palabra, de amistad y de colaboración, de trabajo y de oración en esta Casa. Y daría sus nombres a estas tres aspiraciones de humanidad verdadera.

SABIDURÍA

Con esta palabra enunciamos la necesidad que el hombre siente de la verdad de la realidad, del sentido de las cosas y de la destinación del hombre. No solo se trata de saber cosas, de tener conocimientos sueltos, de conocer materias de un orden profesional u otro, de una carrera universitaria. La sabiduría abarca la ciencia y la vida. Se comienza por el reconocimiento de la realidad física, del cosmos material del que somos parte, aceptándose como responsables de él. Somos mundo: cosmos que se defiende contra el caos siempre amenazador. La sabiduría exige por tanto en primer lugar conocimientos, saberes reales, ciencia rigurosa. Su adquisición reclama estudio, disciplina, diligencia, rigor y denuedo. Pero a la vez pensar en soledad y compañía, en esfuerzo personal y en acompañamiento por el prójimo y el profesor. Saber del cosmos, saber del hombre en sus necesidades inmediatas y en las de fondo y largo alcance: trascendencia, religión, moral, arte.

CIUDADANÍA

El hombre no está solo. No es soledad ni en su origen ni en el tramo medio del camino ni en su fase final. Se es hombre desde los demás, con los demás, para los demás. Somos esencialmente prójimos y saberse responsable de su hermano es la tarea que Dios encarga a Caín y es la demanda que hace de su sangre cuando este violentamente la vierte (*Génesis 4*). Por ello esta casa no es una pensión de transeúntes egoístas que vienen de lo suyo, van a lo suyo y soportan a los demás como impedimentos para su realización. Estamos llamados a ser colaboradores con la faena personal de nuestros prójimos. Ser puentes en su camino en lugar de alambradas: con el prójimo individual y con el prójimo colectivo. En el colegio hay que servir y protagonizar con aquella generosidad que dispensa tiempo y buen humor. A la vez quien así vive aquí, se prepara profesionalmente para ser un hombre fiel y un eficaz servidor de la ciudad, de la sociedad, del bien común. La profesionalidad y la honestidad son las dos exigencias primeras de esta ciudadanía, dentro de la que esta Casa se enclava y para la que os prepara.

CRISTIANÍA

La vida humana es un río que avanza desde unas fuentes que manan hasta un mar en el que desemboca. Los ríos avanzan sin hacerse preguntas ni ofrecer respuestas por sus fuentes ni por sus desembocaduras. El hombre, en cambio, es pensando y pensando es. Pensar es más que saber: es volver sobre sí más allá del instante y del instinto, de la animalidad y de la costumbre. Y cuando se vive así surgen las preguntas esenciales: por nuestro origen y futuro, por el sentido de nuestro ser y estar, por la vida y por la muerte, por Dios. La religión se propone alumbrar y orientar estas cuestiones, no solo ni ante todo por saberes teóricos o

imperativos morales sino con una forma de vida. Es válido el adagio: “Dime cómo te comportas y te diré en qué crees”. Para los cristianos la religión remite a la fe y la fe remite al Dios vivo y verdadero, manifestado en Jesucristo. Cristianía es aquella forma de existencia que tiene en Cristo su origen y fundamento, su forma de vida y su modelo, su quicio y su quehacer. En Salamanca hemos tenido los grandes teólogos y en Ávila los grandes místicos. Guías unos y testigos otros hacia Dios. No sucumbáis a la vulgaridad, zafiedad, pequeñez de lo tópico, impuesto o publicitado. Os tenéis que orientar y medir por las grandes figuras, que fueron a la vez grandes maestros. Maestros del derecho, de la literatura, de la medicina, de la política. No os preparáis para ser meros gestores o tecnócratas en la sociedad sino hombres que saben y sirven, que con realismo miran a la tierra y al tiempo en horizontal pero a la vez se remiten al hombre y a Dios con mirada vertical.

Esa es la bella meta de esta Casa. En ella estáis llamados a ser receptores y actores. Habrá en ella tiempo y lugar para enderezar el fuste torcido de vuestra vida y a ello colaborarán la garlopa y la azuela, el escoplo y la lima en este taller de carpintería. ¡Quien no se deja guiar y limar se quedará en mero tronco basto, mudo y ciego para lo grande y sublime! Y habrá en esta Casa, rompiendo la dura cotidianidad del trabajo, tiempo para los grandes ideales y sueños, proyectos y esperanzas que conforman una juventud. Gestareis así vuestra figura de humanidad, con tanta voluntad de eficacia profesional como de perfección personal, desde esas tres perspectivas de saber riguroso y complejo (sabiduría), de existir en convivencia colaboradora (ciudadanía), de vivir abiertos y referidos a la figura cumbre de nuestra historia humana, la que Dios mismo ha gestado siendo hombre: Jesucristo”¹.

Hasta aquí las palabras de don Olegario. Os animo de corazón y me animo a mí mismo a ser sabios ciudadanos cristianos. Esa es la meta de esta Casa para cada uno de vosotros y todos tenéis la calidad humana suficiente para lograrlo. A poco más de un mes para la apertura del Jubileo Extraordinario de la Misericordia por el Papa Francisco os invito también a reflexionar desde ahora sobre esta virtud que debe adornar vuestra vida. Sed para vuestros compañeros buenos samaritanos y la realidad se transformará a vuestro alrededor en algo mucho más bello. Hacen falta en el mundo corazones de puertas abiertas, acogedores, dispuestos a la escucha y al perdón, corazones que abrazan y consuelan, que animan y sueñan, corazones esperanzados, corazones llenos de Dios. Ojalá que a lo largo del curso sea este el latido de nuestro Colegio Mayor.

¹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “Tres pasiones y tres exigencias” en: J. ARENAS y D. LÓPEZ (eds.), *Colegio Mayor Tomás Luis de Victoria. XXV Aniversario*, Salamanca 2015, 31-32.

Queridos colegiales José Manuel, Arturo, Álvaro, Antonio, Carlos M., Fernando, Carlos P., Iván, Javier, Manuel, Pablo, Javier G., Alejandro, Abel y Fco. Javier, al recibir esta beca os comprometéis a entregar lo mejor de vosotros mismos en este Colegio Mayor y a ser embajadores en el mundo de nuestros valores. No olvidéis nunca lo que este trozo de tela simboliza. Bienvenidos a esta gran familia. Muchas gracias.

3. DISCURSO EN EL ACTO DE GRADUACIÓN CELEBRADO EL 23 DE ABRIL DE 2016

Buenas tardes y bienvenidos. Mi saludo y agradecimiento a todos los presentes por compartir este momento tan importante en la vida de nuestro Colegio Mayor. Agradezco especialmente la presencia del Señor Obispo y de todas las familias de los graduandos, que no han querido perderse este momento único en la vida de sus hijos, así como a los antiguos colegiales y amigos. Sed todos bienvenidos.

Si todas las fiestas de Graduación son siempre especiales, la de hoy tiene sobradas razones para serlo si cabe un poco más. Lo es porque desde el año 2000 no se graduaban quince colegiales de la misma promoción y lo es, sobre todo, por la calidad humana de esta generación que sin duda ha marcado una época y ha dejado como grupo un buen ejemplo en la vida de este Colegio Mayor. Por ello lo primero que quiero hacer es felicitaros y felicitar también a vuestros padres, porque la educación que os han dado y el esfuerzo que han hecho por vosotros no han caído en saco roto, sino que han dado fruto abundante.

Queridas familias, os felicito porque tenéis unos hijos maravillosos, chicos que se hacen querer y a los que de verdad queremos después de cuatro años de convivencia tan intensa y fructífera. Aunque parezca mentira, ya han pasado cuatro años y de algún modo hoy os los devolvemos. Y lo digo así porque un día nos encomendasteis su cuidado y desde entonces han pasado mucho más tiempo aquí que en vuestras propias casas. Os agradezco de veras vuestra confianza, renovada año tras año, en esta Institución y en este equipo educativo que cada día trabaja al servicio de vuestros hijos (cocina, limpieza, educadores, conserjería). Gracias por habernos escogido entre otras muchas posibilidades y por hablar bien de nosotros en vuestros entornos familiares y profesionales, que sé y me consta que así lo hacéis. Espero que hayamos estado a la altura de lo que esperabais de este Centro, y por supuesto os pido perdón si en algún momento no hemos sabido hacer lo suficiente por vuestros hijos. Como padres ésta es también vuestra Casa y vuestra es también mi enhorabuena.

Y a vosotros chicos me gustaría deciros muchas cosas, pero sobre todo hablaros desde la emoción y la verdad, y la verdad es que me da mucha pena que hoy toque despedirnos. Sabed que os voy a echar mucho de menos, y creo que puedo expresar este sentimiento en nombre de todos los que formamos esta Casa. Acorde a la temática de la fiesta, que es el cine, podría decir que tengo la sensación de no querer que esta película se acabe, de seguir escribiendo juntos algunas páginas más del guión. Sin embargo, bien sabemos y debemos aceptarlo, que las películas, por buenas que sean, tienen un final, al igual que las etapas de la vida empiezan y terminan. Pero al mismo tiempo que siento pena estoy también esperanzado, contento y agradecido por todo lo que habéis sembrado en esta Casa y creo, de veras, que las siguientes generaciones seguirán empujando fuerte, comprometidos con este Colegio Mayor a la luz de lo que han visto en sus veteranos que hoy se despiden. Acaba una etapa sí, pero no termina vuestra relación con esta Casa, si así lo queréis, porque los lazos de la amistad trascienden el espacio y el tiempo. Espero que cada año pueda veros de nuevo aquí en el encuentro de antiguos alumnos y seguir compartiendo así de algún modo vuestras ilusiones y vuestros proyectos.

Estos días he pensado mucho qué decir y cómo decirlo (y más con la presión que me habéis metido sobre el discurso –que si mejor os hiciese llorar, que si mejor os hiciese reír-). Creo sinceramente que lo mejor ya está dicho en el abrazo que nos dimos el jueves, un abrazo cargado de emoción y de agradecimiento. ¡Qué mejor manera de decirlo todo! Pero bueno, más allá del gesto, quiero dedicaros unas palabras y se me ocurrió que una buena forma de hacerlo era escribir una brevísima carta o, mejor dicho, rescribir una que os dirigí hace cuatro años. Y con esta intención, rebuscando en los archivos, encontré esa carta que la mañana de un lejano 23 de septiembre dejé sobre la mesa de vuestras habitaciones de novatillos. Tal vez alguno todavía la conserve en su casa. Aquella carta era entonces de bienvenida; hoy es, porque así lo impone el calendario, una carta de despedida; y los destinatarios de entonces, novatillos inocentes y desconocidos, muy numerosos y un poco asustados, sois hoy después de tanto tiempo y tantas cosas compartidas mucho más que veteranos y colegiales, sois amigos, sois parte de esta gran familia del Tomás. Entonces os llamaban por vuestros nombres de pila, hoy os reconocéis en otros distintos y de ingeniosa procedencia.

Y así, con estos sobrenombres, si me lo permitís, quiero empezar mi carta.

Queridos Pintor, Falete, Van Dame, Rouco, Woody, Bule, Kunfu Panda, Chemitá, Doby, Perera, Vladi, Hermético, Sabina, Carlton y Olfá [ya si eso luego se lo explicáis a vuestros padres o que jueguen al quién es quién]:

Me dispongo a dedicaros unas palabras, seguramente torpes e insuficientes, pero pocas cosas se me ocurren más valiosas que las palabras que un hermano mayor puede regalar a otro más pequeño, si de verdad se dicen con el corazón,

como yo quiero hacerlo esta tarde con vosotros. Permitidme que comience con una cita de Unamuno, la misma que utilicé en la carta de aquel lejano septiembre. Seguro que hoy resonará en vosotros de forma mucho más significativa que aquel primer día:

“Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo me muera
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.
Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
dí tú que he sido”².

A la luz de estos versos y de estos deseos hagamos juntos memoria. Cuántas vivencias, cuántas historias, cuántos recuerdos revolotearán como el eco entre las piedras de esta Casa y de esta hermosa ciudad, dando testimonio de que aquí habéis sido, que es mucho más que haber pasado. Y cuánto de estas doradas piedras, de sus gentes y de su ciencia llevaréis para siempre en vuestros corazones. Cómo olvidar aquella subida a Gredos en la que Melilla se indignó porque le sangraban los pies (¿a quién se le ocurre estrenar botas ese día?) o el bañito que se dieron Manri, Pablo y Carlos en las heladas aguas de la charca de la esmeralda, con buceo incluido; quién no recuerda el famoso año del doblete truncado en fútbol y fútbol sala por alineación indebida, aunque Gustavo siga defendiendo que nadie de la Usal le notificó que Juanpe no podía jugar (ya parece del Madrid); y qué decir de los viajes, primero fue Mallorca con el Imsero (qué ambientazo había en el hotel ¿verdad Quique?); luego vino Roma con Gaspar, que nos contó la historia hasta del último adoquín de la ciudad, y algunos flojearon para llegar a la cima de la cúpula de San Pedro (¿por qué sería Candi?); después fue Múnich, donde Gustavo nos alimentó a base de castañas demostrando un fluido alemán y la famosa guerra de bolas de nieve en el incomparable marco del castillo alpino de Neuschwanstein; y cómo no Bruselas y sus famosos bocatas: las metralletas. Tampoco lo hemos pasado mal en las fiestas: quién no recuerda la clase magistral que ofreció Gambri de salto sobre vaquilla, pobrecita vaca; y llegó el 25 aniversario; luego la fiesta de Disney; carnaval y los sugerentes disfraces de Gerardo; Navidad y el amigo invisible; esas guerras en el paintball o los naufragios en las canoas (¿verdad Michel?); el día que estrenamos el billar de cafetería... Han sido tantas cosas que sería imposible con-

2 M. UNAMUNO, *Poesías* (1907), (Obras Completas XIII, 220), Madrid, 1958.

tarlas todas esta tarde, pero sobre todo lo mejor ha sido el día a día cargado de compañerismo y diversión, de actividades y anécdotas variadas.

Buena verdad es que cuando uno está a gusto el tiempo se pasa volando. Y vaya si se ha pasado. Os habéis hecho mayores. Recuerdo que hace cuatro años escribí literalmente en aquella carta: *“Ojalá tu nombre cuelgue algún día grabado en oro de las paredes del Colegio, eso significaría que has sabido ir creciendo aquí poco a poco como persona y como estudiante”*. Tal vez ese deseo tenía para vosotros poco significado aquella mañana, pero hoy a pocos minutos de que el deseo se haga realidad, puedo afirmar que sabéis realmente lo que significa. Doy fe de que habéis crecido y madurado, y la memoria de vuestros nombres nos traerá a todos los que os hemos conocido recuerdos maravillosos e imborrables. Enhora-buena chicos, lo habéis conseguido, ha llegado el ansiado día y esa placa con vuestros nombres ya está preparada.

Siguiendo con la carta, no sé si lo recordáis, os hice también una promesa que decía así: *este Colegio Mayor será tu Casa, el Tomás, un verdadero hogar en el que estarás a gusto*. Y a eso añadía unos párrafos más abajo: *“Verás que hay gente que lleva con nosotros tres, cuatro y hasta cinco años, y para ellos esta Casa es mucho más que un edificio en el que se duerme y se come, es verdaderamente una segunda familia”*. Esa gente hoy sois vosotros. Escuchados vuestros discursos en el banco y visto todo lo que hemos compartido creo que aquel día no os mentí. La promesa ha resultado cierta y la mayor parte del mérito de que así sea es vuestro al construir día a día un verdadero ambiente de familia. Así lo expresasteis en el lema del XXV aniversario: *“Creciendo en familia”*. Y esto –crecer en familia– no se consigue por arte de magia, sino con vuestra actitud y vuestra manera de ser, haciendo posible siempre una dinámica de encuentro, de camino compartido, de diálogo, de crítica constructiva y respeto, de ilusión y espíritu de superación, manifestando siempre una libre disposición a dejarse guiar y a querer aprender. Lo resumiré con una frase vuestra del jueves, que les dirigíais a los más pequeños: *“aprovechar al máximo cada momento y darlo todo por el Colegio, intentando mejorarlo cada día”*. Os invito a que no perdáis nunca esta actitud ni estas virtudes, porque os ayudarán también en la nueva etapa que se abre ante vuestros pies.

A esa promesa de que este Colegio sería una Casa, una familia, la acompañaba otra y era una consecuencia de la primera. Si esto era una familia os dije que podíais *contar siempre con nosotros para lo que necesitaseis*. El cumplimiento de esta promesa os toca juzgarlo a vosotros. Al menos espero que así lo hayáis sentido, que nos hayáis encontrado en los momentos oportunos, que no os haya faltado nuestra compañía ni nuestro consejo. Sabed que todo lo que hemos hecho ha sido siempre pensando en lo mejor para vosotros, en vuestra formación y en vuestro crecimiento personal. De todos modos, si en algo os hemos ofendido alguna vez o no hemos

sabido llegar adecuadamente a todos es también un buen momento para pedir os perdón y así lo hago. En tanto tiempo de convivencia es normal que a veces la cuerda se haya tensado un poco y que hayan surgido pequeños roces, pero lo importante es que jamás la hemos roto y siempre hemos encontrado el camino del encuentro, del diálogo y del acuerdo. Siempre os he dicho que con educación y buenas formas se consiguen en esta Casa muchas más cosas que con gritos y malas maneras. Quiero felicitaros por ello, por haber demostrado fair play en la convivencia. Y por supuesto quiero deciros que esa promesa de que estamos para lo que necesitéis no caduca con vuestra marcha, seguirá vigente siempre que así lo queráis.

Por último en aquella carta expresaba un deseo que sigo manteniendo para el nuevo tiempo que se abre en vuestras vidas. El deseo de *que seáis felices*. Me alegró y emocionó haberlo escuchado de vuestros labios al decir que venir aquí y quedaros había sido la mejor decisión, que os había cambiado la vida y que sí, que habíais sido muy felices. Igual que entonces hoy tampoco tengo recetas mágicas que ofreceros de cara a la nueva etapa. Entonces os di tres consejos y a la luz de los acontecimientos puedo decir que me hicisteis caso: 1) no perder el norte sabiendo que no está reñido el cachondeo y la fiesta con la responsabilidad y la seriedad (creo que habéis conjugado bien ambas cosas); 2) Colaborar en la construcción del Colegio. Baste lo dicho antes para felicitaros por ello; 3) Vuela amigo, vuela alto; no te conformes con la mediocridad, pon la vista en horizontes más amplios.

Estos mismos consejos os servirán también, creo yo, fuera de los muros de este Colegio Mayor para ser felices, pues no se trata de una meta lejana, ni de una cosa extraordinaria. La felicidad se alcanza en el quehacer del día a día para quien sabe vivir por encima de la superficialidad de las cosas pasajeras. Ser feliz es simple para quien sabe vivir cada día con una sonrisa; vivir cada instante con la intensidad del último; dar sin esperar nada a cambio; emprender cada tarea con ilusión renovada; decir gracias siempre y pedir perdón a tiempo. En las cosas sencillas y no en otras está el secreto de la felicidad. Por eso cuando os levantéis en unos instantes para recibir las estatuillas, dadle un beso a vuestros padres y decidles: papá, mamá, gracias por todo, os quiero. Los haréis felices y vosotros también lo seréis.

Como el tema escogido para la fiesta es el cine, he pensado en recomendaros una película –y no, no es *El gran dictador*, aunque uno tenga la fama-; seguro que todos la conocéis, lleva por título *La vida es bella* (1997), una película que a mí me marcó profundamente. ¿Por qué motivo os la recomiendo? Primero para que recordéis siempre esto, que la vida es realmente bella, un inmenso regalo y una gran responsabilidad. Y aún con todos los problemas y sufrimientos puede seguir siendo siempre bella si se mira con el prisma adecuado. Ojalá seáis hombres como el protagonista de esa película, capaz de convertir en juego y sonrisas para su hijo, un niño pequeño, el horror y la barbarie de un campo de concentración. Y eso solo es

posible porque ese hombre amaba profundamente y jamás perdió la esperanza. Así lo aconsejaba también Cervantes, de quien celebramos su IV centenario: “Encomiéndate a Dios de todo corazón, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo en que están más secas las esperanzas”. Solo así se puede entregar el tiempo, la vida, solo así se puede transformar el odio en perdón, solo así se puede cambiar realmente el mundo. Estoy convencido de que allá donde construyáis vuestro hogar y vuestra vida el mundo será un poco más bello. Entre vosotros están los futuros dirigentes políticos, empresarios, economistas, farmacéuticos, seguro que algún profesor de inglés y algún que otro investigador, varios ingenieros, publicistas, y quién sabe si algún misionero. Sed siempre ejemplares en vuestra tarea y no cerréis nunca el corazón al proyecto que Dios tiene para vosotros.

Y quiero terminar leyendo al pie de la letra las últimas líneas de aquella carta del año 2012. Decía así:

“En último lugar, recordarte que en este Colegio creemos firmemente que en lo bueno y en lo malo, en los momentos alegres y en los momentos difíciles –que también los habrá–, Dios está siempre amándonos sin medida. Si eres capaz de descubrirlo, de sentir su presencia amorosa en tu vida, entonces, tendrás la felicidad completa”.

Hoy, al igual que hace cuatro años, os digo gracias por estar aquí y de corazón os confieso que ha sido un placer enorme haber compartido este tiempo juntos. Queridos Adrián, Candi, Juan, Antonio, Javier, Álex, Iñaki, Michel, Carlos Antonio, Gerardo, Carlos, Nacho, Álvaro, Gonzalo y Pablo, seréis siempre bienvenidos a vuestra Casa, el Tomás Luis de Victoria. Hoy hago mío el estribillo de la canción del maestro, que dice: “te han robado el corazón, los muchachos de la escuela, ellos pasan, tú te quedas, algo de ti llevarán”. Así lo siento, que me habéis robado el corazón, y así lo espero, que algo de mí y de todos nosotros llevaréis. Que Dios os bendiga.